

Prólogo a *Memorias de un venezolano de la decadencia*¹

Pocaterra constituye el paradigma venezolano del escritor testigo. Su testimonio es directo, con la fusión compacta de palabra y acción, y de sus *Memorias* puede decirse que representan medio siglo de historia cronológica y varios siglos de un proceso singular, visto como formación y deformación de un pueblo. El escenario resulta desolador y los personajes, que son de carne y hueso, parecen seres de ficción, perturbados por efectos narrativos donde el realismo y la violencia imponen una prosa sin antecedentes en el país y fijan como crónica la larga etapa de la dictadura andina.

Espectador y actor, Pocaterra produjo un texto antirreflexivo, voraz, de anotación en sombrías celdas y de trabajo memorístico que se remonta a sus diez años, cuando la entrada de las huestes castristas a Valencia, marcada por la sangre y los compases del Himno Nacional, la algarabía restauradora y los gritos del triunfo, dejó en su espíritu una huella indeleble. Aquello fue en 1899 y habría de servirle de punto de arranque para el cuento inclemente del primer volumen –Castro: 1899-1908– que, por una trampa en el juego narrativo, habría de penetrar, páginas finales, en el complot cívico-militar de 1919 y en la prisión, incubadora siniestra del libro que recorrió el continente como relámpago de denuncia. Frente a las últimas expresiones del modernismo, cuya suerte quedó sellada con la muerte de Díaz Rodríguez en 1927, y de la misión cínicamente legitimadora de la dictadura que se otorgó a sí mismo el positivismo, Pocaterra sublimó la herencia panfletaria y le inyectó al género testimonial una savia renovadora,

¹ Prólogo. *Memorias de un venezolano de la decadencia* de José Rafael Pocaterra. Selección y cronología de Jesús Sanoja Hernández; Bibliografía de Roberto Lovera de Sola. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1990. 2 tomos.

dándole coherencia y quitándole la hojarasca retórica.

El capítulo XXI con que se abre el segundo tomo –“La vergüenza de América: 1919-1922” y “La oposición documental: 1920-1935”– remite a Wilde y Pellico, relatores-víctimas del sistema penitenciario británico y de los “plomos” de Venecia, la experiencia de Pocaterra en La Rotunda. Pese a las semejanzas, la comparación resulta imposible, dice el escritor, poseído por un fuego interior y una pasión crítica incontenibles.

Desde entonces, y no por esa simple alusión hecha por él, se vinculan las *Memorias* al *De profundis* y a *Mis prisiones*, así como a *La casa de los muertos*, el calvario siberiano de Dostoievski. Pero Pocaterra escribirá una obra distinta, en el sentido de que la despoja de temblor poético y de desgarradura existencial y la nutre de asuntos cotidianos, delaciones y torturas, traiciones y lealtades, montoneras y conspiraciones, auges y caídas, prisiones masivas y aislamientos celulares, crímenes palaciegos y muertes por envenenamiento, manifiestos de desterrados, farsas electorales, proyectos de invasiones, y por encima de todo, fracasos y desolación. Todo con fecha, todo con su nombre, todo con su sitio, sin un cuándo, sin un quién y sin ningún dónde que permanezcan en la oscuridad. Su tarea consistió, precisamente, en revelarlo todo, entre el final del siglo diecinueve y el final del gomecismo.

El núcleo narrativo de la obra es el período que va de enero de 1919 a diciembre de 1921. En la propia cárcel, submundo en el que se movían aquellos fantasmas, la voluntad férrea de Pocaterra concibió las *Memorias*. Trabajó la materia bruta y brutal día a día, seguro de que levantaba un expediente irrefutable contra el régimen. Al recurso inmediato y al acopio de datos en La Rotunda añadió después, en desarrollo regresivo y memorizador, la etapa que antecedió a su prisión de tres años, y en avance de la trama el lapso de trece años que le tocó vivir en la

expatriación. Si se leen con cuidado los dos tomos podrá comprobarse cómo el trienio de encalabozamiento con los grillos en los tobillos y el diario tormento de la soledad y los cabos de presos, está expuesto en un lenguaje salvaje, pleno de dinamismo y de pasiones encontradas – odio y amor, amistad y enemistad, admiración y castigo– mientras el largo tramo que sirve como de anticipo al conflicto tiende al análisis y a la explicación de los fenómenos políticos y se torna indirecto o referencial, y el otro que lo sucede, escrito en el exilio, abunda en documentos y en hechos polémicos, con un vocabulario a veces sociológico, un tono demostrativo y un temple de impotencia, pesimismo y hasta decepción.

No significa este triple *tempo* narrativo que en la primera parte no exista el relato vivo, como el de su paso por los castillos de Puerto Cabello y San Carlos, y que en la última no aparezcan episodios de reflejo íntimo, como el de la reacción dual producida por la muerte de Cipriano Castro en Puerto Rico, perseguido y olvidado. Pero la sustancia, las ráfagas de emoción, el levantamiento diario de los papeles acusatorios, la visión intramuros con toque novelesco, realmente creador, corren en las páginas que cuentan la vida y la muerte en La Rotunda.

Examina Pocaterra, no sin acudir a la mezcla del repaso documental con los recuerdos remotos, la consolidación y quiebra del castrismo, con momentos tan dilemáticos como el bloqueo anglo-alemán, la Revolución Libertadora, la Aclamación y la Conjura. Se detiene –y he aquí el paréntesis que rompe con la secuencia expositiva y le da un viraje personal, fuertemente conmovedor– en su prisión en el Castillo Libertador y el posterior traslado a la fortaleza de la Barra de Maracaibo. Y luego sigue avanzando en una historia extrapersonal, con mirada crítica pero óptica objetiva, poco comprometida con el campo del yo, salvo incidentes acaecidos en el

Zulia, época de *El Fonógrafo*, y en Caracas, brevísimo período de *Pitorreos* y el complot del año 19.

El castillo de Puerto Cabello tuvo preferencia en la estrategia represiva de Castro, pero sólo en los años iniciales de su gobierno, alternándolo con la cárcel caraqueña, tradicional depósito de los adversarios del régimen de turno. Después de la Libertadora, y en previsión de secuestros políticos donde contara poco el paso del tiempo y mucho la lejanía, Castro envió a “los enemigos históricos” a la fortaleza San Carlos y ordenó, no sólo el engrillamiento individual, sino el apersogamiento, como forma de llevar al máximo el tormento y la humillación.

Antonio Paredes había estado en el castillo de San Carlos, como también había estado en el de Puerto Cabello Pérez Hernández. Este dejó una pequeña relación de su encarcelamiento en la novela *De relieve* y aquél un diario de su prisión, pero la diferencia con el estilo de Pocaterra, penetrante, ácido, alimentado por una cultura adquirida con desorden impresionante, tanto como con desconcertante virtud asociativa, ni siquiera merece demostrarse. Acerca de la obra *De relieve*, el periódico *El Día*, de Simón Soubllette, uno de los muchos surgidos a raíz de la caída de Castro, hizo un comentario muy a tono con la relación turbia y fúnebre que entonces estuvo de moda para poner en la picota un pasado reciente. Pérez Hernández calificó su novela como “novenario Castro” y colección de “reminiscencias durante año y medio de prisión, con grillos en el Castillo Libertador”.

En cuanto al *Diario de mi prisión en San Carlos*, especie de testamento de quien pasaría a ser el símbolo de la resistencia anticastrista, tras su fusilamiento en el Orinoco, es libro escrito, según Pocaterra, con “sencillez admirable y con todos los datos que pueden importar a quienes

suelen imaginar que estos horrores son novelas escritas para conmover a bandidos”. ¡Un elogio para quien, por su entereza y valentía, se lo merecía! Sin embargo, la forma expresiva de Paredes carece de brillantez y su aparente diafanidad se ve empañada por cierto regusto neoclásico. Un balance de sus autores preferidos ilustra bastante acerca de la formación intelectual: Plutarco, Bacon, Dante, Corneille, Hume, Spencer y Thiers, con *El consulado y el imperio*. El influjo moderno estaría representado por Byron y Musset, o por Dickens, o por Zolá (*La debacle*), pero ciertamente en Paredes no aparecen rasgos estilísticos del romanticismo, ni descripciones vivas de la realidad, ni menos el afán de denuncia, primario, minucioso y exagerado. Siempre hay un freno en la palabra, un atildamiento, una falta de audacia, es decir, todo lo contrario de lo que sucede en Pocaterra.

No se puede resistir la tentación de anotar, aunque muy por encima, aquellos testimonios carcelarios que antecedieron a la aparición de las *Memorias*, ese texto impar en la literatura latinoamericana de combate, documentado y ardoroso y de tanto más valor cuanto que para la época no existían organizaciones como *Amnistía Internacional* ni los medios de difusión suficientes, en el exterior, como para emprender vastas campañas de solidaridad, ni una violenta pugna entre dictadura y democracia o entre dos sistemas que, por un lado o el otro, permitieran la revelación de las redes represivas.

Ramón Illaramendi escribió en 1892 un folleto, *Recuerdos de La Rotunda*, cuyo mérito principal es el de ser el primer relato organizado de la vida interior en la vieja prisión caraqueña, cuya historia externa corrió a cargo de Manuel Landaeta Rosales. En el librito de Illaramendi desfilan rostros de generales y opositores civiles, reducidos a prisión por el continuismo de Andueza, figuras de alcaides y cabos de presos, estampas de folklore político (“las bolas”,

calificadas como una plaga peor que las de Egipto), y finalmente una caracterización del personalismo y de la falta de doctrina, propios de quienes “pasan por gigantes” en la calle y que en el estrecho recinto de una cárcel “se ven pigmeos”.

Un poco anterior es el panfleto *Historia de un gran crimen* (1888), de Eusebio Baptista, aun cuando su enfoque carcelario es más reducido y está disperso en medio de ataques a Guzmán Blanco, con motivo del episodio del 5 de abril de 1881. Para finales de siglo, los opúsculos y los manifiestos proliferaron en el destierro, sobre todo editados por imprentas de Puerto España y Curazao, y más estaban destinados a la agresión política, casi siempre contra una dictadura unipersonal, que a la relación de padecimientos íntimos o al inventario de vejámenes y suplicios en los centros carcelarios. Referencias ocasionales pueden encontrarse en obras con otro ámbito de denuncia y ellas retroceden en el tiempo con detalles sobre la vieja Rotunda, Bajo Seco, el castillo San Antonio y el mismo San Felipe, luego bautizado, por ironía, Libertador.

Blanco-Fombona, en apasionado y largo prólogo a su heterogéneo poemario *Cantos de la prisión y del destierro* (1911), retomó la idea, que en él fue arranque polémico contra Gómez y su grupo de intelectuales, de dibujar por dentro a La Rotunda y alabar o execrar a compañeros de prisión y a carceleros. La singularidad de este prólogo, en el cual a veces la prosa de Blanco-Fombona se moviliza coléricamente y destella en vocablos modernistas mixturados con otros de aplastante naturalismo y de léxico vargasviliano, es que una buena parte de la poesía allí incluida se dedica a demoler a la barbarocracia y a expresar la melancolía en la celda, valiéndose de dos niveles contrastantes, uno declamatorio y apostrofante (“Las Erinnias”, “El castigo del Ávila”, y otro de innegable lirismo (“El vuelo de Psiquis”, “Las alas inútiles”, “Corazón adentro”).

Los poemarios precedidos de estas introducciones violentas fueron excepción a lo largo del doble régimen Castro-Gómez. Arvelo Larriva, cuando Pocaterra andaba en trajes conspirativos al lado de Delgado Chalbaud, y aún antes y después, tuvo como centro de reclusión y creación a La Rotunda y de allí salieron poemas como “Plenitud”, “Pax” y “Hodie mihi cras tibi”, luego recogidos en sus *Poemas sueltos*, 1911-1927. Ni los de Arvelo, ni los de Job Pim, compañero de conspiración de Pocaterra en 1919, ni los de este mismo, editados tardíamente con el título *Después de mí* (1965) tienen estudios, explicaciones o prólogos de los autores. De allí que la extraña fórmula aplicada por Blanco-Fombona deba atribuirse a dos razones: una, él pudo salir al exilio tempranamente y vincularse al mundo editorial; otra, su carácter formado para la pelea, su temperamento desenfrenado y su afición a no distinguir géneros en la escritura.

Los *diarios* y *memorias* fueron utilizados en Venezuela, en épocas de tiranía, como la forma más directa del testimonio político, lo que no significa que el periodismo de destierro y la novela, casi siempre publicada después de derrumbado el gobierno al cual se combatía, no sirviesen de vía para la descarga acusatoria. Ya he mencionado el *Diario* de Paredes, el mártir. Podría mencionar ahora *Camino de imperfección, 1906-1913*, aunque impreso en 1933, y que viene a ser otra de las muestras del polifacetismo del autor de *El hombre de oro*. Y *Memorias de un semibárbaro*, del peregrino Bolívar Coronado, interesante para conocer secretos de la sospechosa invasión de 1913 y poner en evidencia los trucos del falsario. Y *Veinte años sin patria*, de José Heriberto López, publicado en La Habana en 1933, y en donde es posible encontrar referencias al destierro en la etapa del gomecismo. Y finalmente el *Diario íntimo*, en el cual *Pío Gil* recoge apuntes de sus panfletos y las enriquece con experiencias europeas como el estallido de la I Guerra Mundial y la presencia del socialismo. Otra obra suya, *Cuatro*

años de mi cartera (radiografía de la adulación en la Venezuela de Castro) es, en rigor, un sistema de textos contruidos con el método del *diario*.

Y conste que, como en el caso de los poemarios, en el de los *diarios* y *memorias* he dejado aparte deliberadamente aquellos que reflejan experiencias políticas o carcelarias posteriores a la obra de Pocaterra. Habría sido necesaria, de escoger esa alternativa, la inclusión de libros de Gabaldón Márquez, Alberto Ravell, Pedro N. Pereira, Nelson Himiob, Alejandro Trujillo, Andrés Eloy Blanco, Antonio Arráiz, o de textos colectivos como *Presidios de Venezuela* y hasta el de las extraordinarias, casi ejemplo de novela, *Memorias del general Rafael Nogales Méndez*, vertidas al español por Ana Mercedes Pérez en 1974 aunque impresas en inglés desde 1932.

Este apretado resumen de antecedentes da una ligera idea acerca del carácter tradicional que la literatura de combate ha tenido en Venezuela, y prueba el sentido político que el poeta, el novelista, el periodista y el memorialista le imprimen a su creación, muchas veces resolviendo las fluidas categorías de los géneros. Así, no es de extrañar que Orlando Araujo haya calificado de novela a las *Memorias* de Pocaterra, ni que Blanco-Fombona se haya atrevido a meter dentro de *La bella y la fiera* párrafos enteros de aquéllas, ni que en el libro de Jugo Delgado, un verdadero “dossier”, *El peligro de la intervención en Venezuela* (1930), haya reaparecido la lista de muertos y torturados, con los añadidos consiguientes, suministrada por los espectrales volúmenes sobre la decadencia.

Para decirlo de algún modo y emplear un término –*generación*– que en nuestro país ha sido motivo de fuerte controversia y en Pocaterra de constante mención personalizada, entre Paredes y él hay una distancia generacional mensurable por estilo, por universo de lectura y por

colocación histórica. El estilo pocaterriano es vigoroso, insultante, amargo, lapidario; el otro, reposado, reflexivo, y a veces oratorio y moralizante. Los libros que en la cárcel y fuera de ella inquietan a Pocaterra son los de la saga rusa del martirio bajo el zarismo, con sus ex hombres, su universidad de la vida, sus confabulados y subterráneos, Dostoievski más que Tolstoi, y Gorki más que Dostoievski y junto a ellos Chejov y Korolenko. Más acá Flaubert y, por encima de él, Maupassant y Zolá. Y en la península ibérica Pérez Galdós y la Pardo Bazán y, desde luego, Queiroz. En cuanto a la encrucijada, Paredes, con su apoyo a Andrade y su oposición a Castro, vive “el canto del cisne” del liberalismo, mientras el escritor de *La vergüenza de América* contemplará la sepultura de todos los partidos, el ascenso de Gómez Único y la agonía de los caudillos.

Quien conoció a profundidad a Pocaterra, y me refiero a Jesús Leopoldo Sánchez, escribió a dos años de la muerte del polémico valenciano que en éste había un residuo mental de lo que Gil Fortoul llamó “la oligarquía conservadora” y una especie de “mochismo” que se expresaba hasta en la conversación. Y por su parte, el autor recordaba un día de abril o mayo de 1909 en que fue a visitar a ese mito andante que era José Manuel Hernández (a) El Mocho. Este, cuya ruptura con Gómez también se acercaba, pues romper era el signo de su disidencia permanente, le dijo con tristeza: “Ya nosotros, los viejos, nos vamos... Les toca a ustedes ahora, a los jóvenes”.

El drama, pues, se iniciaba, y seguiría hasta el final de su vida. La dualidad de un pensamiento austeramente conservador, de limpidez moral más que ideológica, y cuyo símbolo fue el nacionalismo del Mocho, y de un relevo generacional que él quiso encarnar y terminó en frustración, sería su fatum.

En cierto párrafo de las *Memorias* anotó que así como los patriotas leían a los enciclopedistas y su generación a Henry George, los jóvenes de la primera postguerra leían “marxismo”. Para este momento, ya sentía que la suya era una generación de fracasados y de allí que saludara con entusiasmo a la del 28, calificándola de predestinada. No era todo, sin embargo.

El exilio estaba dividido y la lucha entre los caudillos que en el exterior se disputaban la jefatura de la próxima invasión o lanzaban manifiestos delirantes desde bien o mal amobladas oficinas, vino a sumarse, precisamente, la toma de posición de quienes leían marxismo y lo adoptaban como guía para la acción. Por esos vuelcos del destino, y ya dije que el de Pocaterra estaba marcado, él debía servir como ideólogo de los caudillos o de quienes así eran denominados por los jóvenes del Partido Revolucionario Venezolano, cuya sede central quedaba en México. El cruce epistolar y los sueltos periodísticos demostraron que ahora se trataba no solamente de rencillas personales o antagonismos en la lucha por el poder, sino de una confrontación ideológica. En efecto, Pocaterra sería el secretario de campaña de la expedición del Falke –agosto de 1929–, cuya cabeza era la Junta de la Liberación Nacional y que reunía en su seno a Delgado Chalbaud, Linares Alcántara, Leopoldo Baptista, Régulo Olivares, Rafael María Carabaño, Juan Pablo Peñalosa, Doroteo Flores y otros militares que en momento estuvieron al lado de Castro o de Gómez, y que además juntaba a intelectuales como Blanco-Fombona, Flores Cabrera, Néstor Luis Pérez, y a muchachos del 28, como Rafael Vegas, Zuloaga Blanco y Mc Gill Sarría.

Frente a esta invasión, dos meses antes que ella, se había producido la comandada por Gustavo Machado y Rafael Simón Urbina –la inclusión de éste fue obra del azar–, con la participación de obreros venezolanos y dominicanos de las refinerías antillanas, más unos cuatro

estudiantes de la “generación predestinada”, entre ellos Miguel Otero Silva, confeso admirador de la obra de Pocaterra y relator novelístico de los sucesos en su novela *Fiebre*.

Una y otra incursiones fueron, aunque heroicas, un desastre, y para Pocaterra lo sería por partida doble, ya que a su controversia con el PRV, núcleo de la toma de Curazao, se añadía ahora la equívoca, desconcertante versión de la batalla de Cumaná y el enigma del lanzamiento de las armas al mar. Si el PRV lo objetaba por la construcción de la Doctrina Pocaterra (garantía de la inversión extranjera, “con Gómez y sin Gómez, Venezuela es soberana”), los partidarios de Aristiguieta, quien, por cierto, también escribió sus memorias con el título de *Mi experiencia en la revolución*, lo cuestionarían por lo que consideraron una deserción. Él, ante el adversario bifronte surgido en el propio seno del exilio, fue a su vez implacable. Con todo, quedaba demostrado su escepticismo, expuesto al final del libro antológico, acerca de la “unidad en el destierro” y a la posibilidad de redimir a Venezuela en esas condiciones.

En *El Nacional* (20. IV. 1975), al cumplirse la veintena de la muerte del gran memorialista, sostuve que 1928 y 1929 fueron, por lo que antes he narrado sumariamente, dos años trágicos en su vida y que de algún modo ayudaban a comprender un vuelco en la literatura venezolana, “una reorientación que en algo debe haberlo afectado, y yo creo que en mucho, luego de haber oído ciertos testimonios. No era Pocaterra –me dicen– rencoroso en materia literaria, tampoco ogro para quienes surgían. Se sabe cómo atacaba a la literatura de orfebre, pitiminí, modernista y no comprometida. Por lo mismo, donde veía decisión de realismo, lucha a brazo partido, abría paso y estimulaba. Pero el desastre del Falke coincidió matemáticamente con el éxito de *Doña Bárbara*, escrita por un autor de trayectoria digna aunque sin el don de la pelea

abierta como Pocaterra. Lo que en Gallegos fue despegue, en Pocaterra fue descenso sombrío. Y aquello, no por mezquindad interior, sino por coincidencia histórica, parece que le dolió.”

Si eso por los campos de la literatura, por los de la existencia –y de la subsistencia– llevadas a puro pulso en un escenario de desengaños, el panorama era más oscuro. Innumerables las cartas cruzadas entre él y los que en él todavía confían, en primerísimo lugar el joven Delgado Chalbaud, y aun los que de él desconfían. Fue una batalla sin el Gran Enemigo como elemento de unión, y el Gran Enemigo era Gómez: dolorosa batalla entre los sobrevivientes de la catástrofe donde prevalecía el elemento de desunión y, en el mejor de los casos, de desamparo.

En una de sus epístolas al hijo de Román Delgado, quien resultó muerto en la acción de Cumaná, le dice en 1932, a tres años de la fatal expedición: “Nosotros quedamos. Porque nosotros somos *el hecho* antes que la palabra; el parque antes que el programa; los hombres que embarcan antes que los firmantes de actas”. Y en la que seguramente fue la última de Delgado Chalbaud para él, por lo menos como muestra del epistolario de destierro, aquél le asegura, enero de 1935: “Quedan pues, dueños de la situación, López Contreras y Eustoquio Gómez. Uno tendrá que eliminar al otro. Se ve claro que ya Gómez no manda de modo absoluto (...) De vista todo el mundo tiene los ojos puestos en López Contreras”.

Quedamos y quedan. Quedamos –alega él– los que somos el *hecho*; quedan –le informa Delgado– López y Eustoquio, o alguno de los dos. Quedó López. Eustoquio fue eliminado. Pocaterra, como otros tantos luchadores, llegó tarde a la escena y hubo de conformarse con una presidencia de Estado o con embajadas de jerarquía. Mas, lo había predicho, la suya fue una generación sándwich y no logró acceder al poder directamente. Eso le estaba reservado a los jóvenes del 28, pertenecieran formalmente o no a la generación universitaria. Uno de ellos, el

amado discípulo, encabezaría el golpe de Estado de noviembre de 1948, se acordaría de él y lo distinguiría con una embajada a la que finalmente habría de renunciar.

El ciclo de los escritores y luchadores antigomecistas, relegados a papel secundario luego de la muerte del dictador, en tanto quienes le habían servido despuntaban como estrellas de primera magnitud, se cumplió atterradoramente no sólo con Pocaterra, sino con hombres que eran leyenda, como Blanco-Fombona, Jacinto López, Alberto Smith, Olivares, Leoncio Martínez, Atilano Carnevali, Flores Cabrera, Jorge Luciani y el mismo Arévalo Cedeño, atacado como caudillista en el prólogo de *El asalto a Curazao* y memorialista en *El libro de mis luchas*.

La generación con porvenir fue aquella que Pocaterra había señalado como marcada en la frente y no a la manera cainita, sino providencial. Parte de ella gobernó con Medina, en “el ala luminosa del PDV”, parte con la Junta Revolucionaria, a cuyo frente estuvo otro adicto a las epístolas pocaterrianas y parte, la menor es cierto, con la Junta Militar presidida por Delgado Chalbaud. El futuro había sido incautado a los caudillos, lo fueran o no, pero en cualquier caso ya vencidos por la edad y el anquilosamiento. Y la posibilidad de ser maestros había sido borrada para aquellos apóstoles que al estilo de Jacinto López en *La Reforma Social*, Blanco-Fombona en la Editorial América o Pocaterra en las *Memorias* y en la labor periodística de sus *Cartas hiperbóreas* habían llegado retrasados a la cita con el destino.

Fue 1936 año crepuscular para ellos y auroral para los jóvenes del 28 y sus epígonos de la reconstituida Federación de Estudiantes de Venezuela. Según palabras anunciatorias de ese cataclismo, ellos habrían de ser, y fueron, generación de vencidos. Pronto devolvería él los pasos, defraudado de sus ilusiones en las juventudes redentoras y, para citar nuevamente a Jesús

Leopoldo Sánchez, eso de tener dentro de sí a un godo lo condujo a no entusiasmarse nunca con el Apra “ni los aprismos del Perú o de Venezuela”.

Los partidos, a partir de la muerte de Gómez, que es cuando se cierran las *Memorias*, habían asumido, aun en la clandestinidad, el papel antes reservado a los caudillos y a los maestros, tipo González Prada, Martí, Montalvo, Vasconcelos, Rodó o Manuel Ugarte. De manera que frente al gendarme necesario exaltado por Vallenilla Lanz o a quienes hacían revoluciones sin programa a lomos de caballo, emergió “el líder” o caudillo civil, cuyos ejemplos o tipificaciones son los del 28, como Betancourt, Villalba, Leoni, o los del 36, como Caldera. Había terminado la era de las inmoluciones, a la manera de Paredes y Laguado Jaime, de los centauros como Arévalo Cedeño, de las estatuas como Arévalo González y de los aventureros como Nogales Méndez.

Pero también la del ductor intelectual, casi siempre montado sobre el egotismo y el orgullo, narrador de su propia historia en gran formato, y en cuyo núcleo mesiánico parecían confluir Víctor Hugo con sus requisitorias, Garibaldi con sus incursiones audaces y en no poca medida el estereotipo del macho de la sociedad semifeudal, viril e indoblegable.

Si los escritores del decadentismo y la bohemia sentían repulsa por la masa y la violencia que engendraba violencia, los de temple especial como Pocaterra, forjados en el Zolá de *Yo acuso*, en la terribilidad gorkiana, en el grotesco de Maupassant, en aquel don de ironía de Queiroz, repudiaban a su vez a los torremarfilistas, y actuaban, y se comprometían, y hasta sentían el placer masoquista del error.

Las *Memorias* son, en esa línea, un canto a los pocos intelectuales que se mantuvieron en una posición digna a través de los cambios y un extenso memorial de cargos contra los

desertores, comenzando por aquellos de 1908 que habían proclamado una etapa republicana, democrática y abierta a las ideas. Pocos se salvan en su balance (Rufino, algo de Semprum y de Samuel Darío Maldonado, los agonizantes de la prisión, como Eliseo López, Torres Abandero, Domínguez Acosta, Pedro Manuel Ruiz) y muchos son sometidos a duros juicios, desde Zumeta hasta Díaz Rodríguez, desde Gil Fortoul hasta Andara, desde Andrés Mata hasta Arcaya, desde Vallenilla hasta Fernández García.

Escritores de la estirpe de Pocaterra pagaron el delito del acaso. Alguien nacido en 1889 ó 1890, tenía ante sí un destino muy bien demarcado por una historia sucia: llegar a los diez años cuando Castro entraba a su Valencia natal: ser encarcelado antes de los veinte; contemplar el espectáculo de la farsa electoral cuando no cruzaba los veinticinco; penetrar a La Rotunda al borde de los treinta; vivir en el destierro casi catorce años. Y no tener oportunidad de escribir libremente en el periodismo más o menos independiente como *El Fonógrafo*, pues el castigo llegó por un simple artículo teosófico de Domínguez Acosta, ni en *Pitorreos* porque se acercaba la manotada sangrienta con la delación del complot del 19, ni en *Caín*, la hoja que bajo Castro quiso salvar del olvido el asesinato de Paredes. Y no saber lo que era un partido político a no ser aquellos restos del nacionalismo de Hernández, siempre con signo adverso, y la adhesión al *Tuerto Vargas*. Y consumir así medio siglo de existencia.

La misma circunstancia de que las *Memorias* terminen en 1935 me exime de volver sobre un tema que líneas atrás hube de adelantar por aquello de que la vida es una continuidad: el del papel de Pocaterra en sus últimos veinte años, incluido el de la muerte, 1955, cuando su canto a la ciudad natal vino a convertirse en algo así como un testamento. Pero me autoriza para enfocar algunos otros cuya pertenencia al período que cubren las *Memorias* no tiene discusión.

Para un lector avisado, algunos capítulos de este libro monumental atraen –y a veces alejan– porque él nota de repente, como por intuición, que hay algo escabroso, no cristalino, en las explicaciones minuciosas, tal el caso del episodio del Falke, o en las versiones e hipótesis, como algunas atinentes a la conducta de Pedro Manuel Ruiz y de Francisco Pimentel (*Job Pim*). Lo de Ruiz pronto se esfumó y logró una absolución dramática a la hora de su muerte. Lo de *Job Pim* permaneció en la penumbra y hubo de provocar reacción en sus familiares y amigos, particularmente en Cecilia Pimentel, autora de *Bajo la tiranía*.

Algunas sombras se han arrojado también sobre el propio Pocaterra. Por ejemplo, que colaboró con el gobierno en los primeros diez años de gomecismo, pero uno de los puntos está esclarecido, el de “penetrar en el aparato” para evitar sospechas en la conspiración de Delgado Chalbaud, y otro carece de sentido. Sencillamente Pocaterra, en 1919, no pudo haber escrito una carta en Maracaibo –utilizada en su contra– porque desde 1918 residía en Caracas y había ya contactado con los jóvenes militares e intelectuales. Incluso de este período son las notas críticas suyas en *El Nuevo Diario*, incluida la que le dedicó a Ramón Hurtado. Podría pensarse que una colaboración en el vocero oficial del gomecismo resultaba sospechosa. Pero un mes antes –enero del 18– se presentaba allí en la sección “Los Nuevos Poetas”, a Alcides Losada y se hacía una reseña elogiosa de Gustavo Machado como lanzador de pesas. Losada moriría años más tarde en el Castillo Libertador y Gustavo Machado, quien poco antes había salido de prisión, entraría en la misma conspiración, delatada como consta en las *Memorias*, de Pocaterra y el capitán Luis Rafael Pimentel.

A finales de 1917, cuando Pocaterra está a punto de venirse para Caracas, cualquier escritor tenía posibilidades de publicar poemas, críticas literarias y algunas crónicas en la prensa,

pero desde tiempos atrás no se permitía una línea con opinión política o perfil ideológico definido. A *El Fonógrafo*, de Maracaibo, con oficinas en Caracas, lo cerraron y fueron castigados sus sueños, los López Bustamante. La revista *Atenas*, pálido reflejo de Arévalo González a través de su mujer, debía ceñirse a colaboraciones sin mayor irradiación. *Actualidades* (Baroni, convertido en mercenario, y Gallegos) era puramente cultural. La *Revista de Ciencias Políticas* no lograba ser la sombra de la del año 14. *La Religión*, sencillamente vocero apolítico. Los diarios del interior como *El Luchador* (Ciudad Bolívar), *Panorama* (Maracaibo), *El Diario* (Carora) y *El Eco Público* (Valencia), cumplían cada amanecer con el derecho de circulación y nada más. Las otras publicaciones, neta expresión de la unidad de la causa, sin excluir a *El Universal*.

Estaba, pues, el país ahogado. Que Pocaterra decidiese entonces ingresar a un grupo juvenil complotista no sólo significaba su voluntad de sacudir el yugo dictatorial sino su vinculación estrecha con la generación a la que, en realidad, pertenecía. Pasaría tres años en prisión. Sus compañeros, *los de arriba*, originalmente unos 47, quedaron reducidos a 25; los demás habían muerto por envenenamiento, tortura, diarrea, hambre. Los otros, *los de abajo*, sobrevivieron a gran cantidad de sus camaradas, y su encarcelamiento databa de cuatro, seis, ocho años. Todavía permanecerían en La Rotunda aquellos que Gómez consideraba peligrosos en la calle y en el exilio, verbigracia, Delgado Chalbaud y algunos de sus partidarios: “A vista de esta devastación –escribió en su apunte final de la cárcel, el 25 de diciembre de 1921– atenúase un tanto el duro concepto que merece la sumisión contemporánea. Sobre estos cadáveres fundóse la elección dinástica de 1922”.

Tan sólo en 1921, ¡cuánto había pasado en Venezuela y el mundo!, la crítica había saludado la aparición de dos nuevos valores, Picón Salas con *Buscando el camino*, ensayos indagadores y penetrantes, y Gonzalo Carnevali, con el poemario *El alba de oro*. La recién nacida Federación de Estudiantes de Venezuela había organizado cursos libres, conferencias y actos en función del Primer Congreso Estudiantil que habría de celebrarse el 24 de junio, con motivo del centenario de la batalla de Carabobo. Jesús Semprum estaba ya en Nueva York, desde donde enviaba colaboraciones fijas para *El Universal*. Una compañía petrolera, la Colon Development, había entrado en litigio con la nación. El gobierno de Gómez había recibido con honores al Infante de Baviera, embajador de Alfonso XIII. Antonio Arráiz se había revelado como poeta en las páginas literarias. Se había montado el homenaje a Villaespesa. En Nueva York había sido inaugurada la estatua de Bolívar. Arcaya había pronunciado en el Senado el discurso del 19 de abril. El gobierno le había ofrecido una comida a Mc Goodwin. Los ideólogos del régimen habían proclamado el fin de la oposición y el descrédito de los revolucionarios. México había sido calificado de bolchevique y las crónicas internacionales profetizaban el hundimiento de la Rusia Roja. El general y benemérito había superado una enfermedad mortal. Vallenilla Lanz y los profesores habían respondido al rector Vasconcelos, de la Universidad de México.

Estos hechos, cientos más, tienen su contrahistoria en las *Memorias*, a lo largo de las patéticas páginas de diario de ese mismo año 1921. Picón Salas hubo de emigrar a Chile, huyendo del asfixiante clima del gomecismo, y Gonzalo Carnevali, junto con 81 estudiantes más, sería apresado. La FEV no pudo instalar el Primer Congreso de Estudiantes, pero dos delegados al Congreso Internacional de Estudiantes, reunido en México, llevaron al exterior los primeros papeles de la prisión, escritos a la sombra, con toda clase de argucias, por Pocaterra: Pulido

Méndez y Zúñiga Cisneros. Semprum convertiría lo suyo en autoexilio y le confesaría a Blanco-Fombona, a propósito de *La máscara heroica*, sus dudas respecto al tiranicidio, pues sobre “el cadáver de Gómez no nacería la libertad sino un nuevo tirano”. El petróleo se revelaría como el maná de la dictadura, con el estallido de Los Barrosos, y los hombres con sentido nacionalista, como Gumersindo Torres, serían provisionalmente apartados. La oposición haría de la visita del Infante de Baviera un pretexto para la crítica burlona y el rumor sangriento. Antonio Arráiz le imprimiría un viraje radical a su poesía y se sumaría al complot cívico-militar de 1928, tal como un decenio antes lo había hecho Pocaterra. Villaespesa recibiría desde el exilio y por parte del general Carabaño, la bofetada de un soneto, como castigo por su comparación entre Bolívar y Gómez. La inauguración de la estatua del Libertador en el Central Park provocaría la caída de Gil Borges y la reacción de los Comités Latinoamericanos en favor de los derechos humanos en Venezuela. La pieza oratoria de Arcaya sería molde de la pronunciada en 1922, año de la reelección y de la instauración de la dinastía (“En vano los enemigos del Benemérito General Gómez han forjado complots, tramado planes diversos e imaginado multitud de combinaciones destinadas a encender la guerra civil”). Mc Goodwin daría el salto desde la representación diplomática de EE.UU. a la del Creole Syndicate, y su señora prometería escribir la biografía de Juan Vicente. Los editoriales de *El Nuevo Diario* y de la prensa oficial continuarían su campaña contra los traidores a la patria, los firmantes del Pacto Infame, los malos hijos y –variedad introducida en 1928– la perversa doctrina comunista. Con México se romperían las relaciones diplomáticas, luego de señalar a Vasconcelos como agente del bolcheviquismo, y Calles sería tan atacado como Obregón, o tal vez más. La Rusia Roja, año tras año, postergaba su partida de defunción, en tanto la emergente figura de Mussolini era antevista como la del Duce providencial, no sin que se le equiparara con el Jefe de la Causa, o a la inversa. Gómez superaría

la crisis, contada por Benjamín Velasco y por José Ignacio Cabrujas a medio siglo de distancia uno del otro, y los de la dinastía irían separándose del poder, el primero a punta de puñal, en 1923, y el segundo por decisión del omnipotente, en 1928. Vallenilla, firme en su apología del cesarismo democrático, vería morir, desde lejos, en el morro de La Habana, a Laguado Jaime, emigrado del país a raíz de una crítica a su libro fundamental.

¿Cuándo, hasta entonces, y en cuál país, incluso fuera de América Latina, habíase levantado un inventario de crímenes, un expediente con torturados de mil maneras, un sumario de tantas usurpaciones, fraudes y atentados contra la libertad? De esa excepcionalidad y de la maestría de un estilo que huye del pulimento, escarba en la suciedad, provoca a la palabra y juega con ella violentamente, sin filigrana, provienen la rápida extensión de las *Memorias* fuera del país, puesto que Venezuela toda era una cárcel, y la influencia que el modo de narrar de su autor ejerció entre los jóvenes aventados al ostracismo.

La primera edición de las que después fueron las *Memorias* se hizo en México a fines del año 21, en forma de folleto, gracias a la ayuda de Humberto Tejera y Horacio Blanco-Fombona, el uno de dilatada expatriación y autor de *Cinco águilas blancas*, una variante del memorialismo, y el segundo, de muchísimos artículos acerca del imperialismo en Centroamérica y los “crímenes de los yanquis en Santo Domingo”.

Como lo explicó cierta vez Zúñiga Cisneros, tanto el licenciado Vasconcelos como el joven poeta Carlos Pellicer, quien había pasado como diplomático por nuestro país y observado el sistema represivo del gomecismo, impulsaron la labor de difusión por América Latina y Europa, en una embrionaria manifestación de solidaridad. La parte editada correspondió a *La vergüenza de América*.

Más tarde la revista que en Nueva York dirigía Jacinto López, cuyo exilio se remontaba a la época de Castro, publicó por capítulos los dos primeros tomos, es decir, todo lo que cronológicamente corre entre 1899 y 1922. Decía en 1928 el director de *La Reforma Social*: “Después de la obra de Alvarado sobre la Federación, estas memorias de Pocaterra son el primer esfuerzo auténtico, genuino, generoso, formal, fundamental, permanente, de fijar en el tiempo la fisonomía y el carácter de una época histórica determinada en Venezuela, la más depravada, la más abominable y la más funesta”.

Después vino la edición colombiana, con prólogo de Eduardo Santos, quien lo calificó de libro implacable que no podía permitirse el lujo de “la serenidad y el frío raciocinio”. Y por último, todavía vigente la dictadura, vinieron las traducciones al inglés y al francés, y según parece, al ruso. Y no por paradoja, sino porque Venezuela fue país tomado desde 1899 hasta 1935, y no quiero decir que lo fuera libre antes, la edición caraqueña no saldría a la calle hasta 1936, cuando los talleres de *Elite*, prodigiosa empresa editorial, decidieron lanzarla a un pueblo ávido de lecturas y lecciones.

La parte final de *Fiebre*, con el campo de trabajos forzados de Palenque, acusa el legado pocaterriano, más visible en el lenguaje ofensivo del panfleto de Betancourt *En las huellas de la pezuña*. La variación de las circunstancias políticas bajo los gobiernos de Medina, de la Junta Revolucionaria, de Gallegos y hasta del último López Contreras impidieron que la narrativa de los jóvenes violentos o de la oposición radical tomara el camino de las memorias y de la vasta exposición de una realidad política cruenta. Los modos de narrar, la temática, las influencias y Venezuela habían también variado.

Pero vino una nueva dictadura y con ellas nuevos perseguidos, torturados, victimados. Y otra vez un novelista se convirtió en personaje y autor de su obra, y otra vez un grupo de acosados y martirizados escenificó el drama en cárceles y sitios concentracionarios. José Vicente Abreu, con *Se llamaba SN* primero y *Guasina* después, fue el autor-personaje, y la Seguridad Nacional, la Modelo, la Penitenciaría de San Juan de los Morros, la remota isla en el delta del Orinoco, la Cárcel Nueva de Ciudad Bolívar fueron los centros de reclusión, tortura y trabajo forzado.

Se ha escrito, y es verdad, que la narrativa de Abreu prolonga la línea de Fucik y de Alleg, con estremecedores testimonios contemporáneos, Praga ocupada, Argelia rebelde, que en definitiva plantean hasta el límite la condición humana. Pero más radicalmente, Abreu es un heredero de Pocaterra. No todo lo cambia el tiempo, aunque los tiempos cambien.

Pronto se cumplirán los ochenta años de la primera prisión del mayor memorialista que haya dado América Latina, pero aún no se logra en esta región una extendida democracia. Por aquí y por allá, ayer, hoy, ¿siempre?, dictaduras ominosas, pueblos que luchan, seres que cruzan como humillados y ofendidos, intelectuales que resisten y producen terribles alegatos, muertos, desaparecidos, torturados.

Para que no se pierda *la memoria* de tan larga noche ¡cuántas *Memorias* como las de Pocaterra hacen falta!